

JOAQUÍN FERNÁNDEZ



Palacio Valdés y el ecologismo decimonónico

Acabo de leer el breve ensayo de María Juana García Feliz-Nadaya titulado «Alejandro Casona: el olor de la naturaleza» y ya en la misma dedicatoria deja constancia la autora del amor que Casona sentía por la naturaleza, especialmente por la asturiana, para añadir en la Introducción: «Su defensa y amor por la naturaleza contrasta con el hombre de nuestro tiempo, que arrastrado por el materialismo, se ha olvidado de percibir el medio ambiente y, lo que es más grave, ha dejado de sentirlo». En la última página insiste: «No cabe duda que a través del perfume silvestre de sus escritos sentimos el despertar de los sentimientos y de la vida. Por eso, considero de gran interés este estudio de los olores y aromas, porque a través de ellos se descubre que Casona fue un gran defensor de la Naturaleza».

¿De la presencia de la naturaleza en la obra de Casona, una presencia antes gozosa que conflictiva, cabe deducir, como deduce María Juana, algún grado de compromiso en su defensa? ¿Tan sólo por eso es Alejandro Casona lo que diríamos con el lenguaje de hoy un ecologista o un conservacionista? ¿Lo fue por esta misma razón, o con mayor razón aún, Armando Palacio Valdés? De momento, dejo abiertas las interrogantes para abrir un paréntesis en el que, si se me permite, voy a hacer algunas referencias personales.

En la última década he publicado varios libros con los que he tratado de recuperar la memoria de la cultura ecológica en nuestro país y puedo afirmar con cierto conocimiento de causa que esa cultura es claramente perceptible al menos desde mediados del siglo XVIII. Entre otros títulos

citaré *Historia de los Parques Nacionales* y *El hombre de los Picos de Europa* (la biografía de Pedro Pidal y Bernaldo de Quirós, fundador de los Parques Nacionales, de la que he publicado una nueva versión el año pasado titulada *En el reino de los rebecos*). También considero oportuno citar *El ecologismo español*, la historia del ecologismo moderno a partir de los sesenta del siglo XX, con algunas referencias a épocas anteriores; *Dos siglos de periodismo ambiental*, un recorrido por la prensa desde finales del XVIII hasta los años setenta del pasado siglo con el que trato de demostrar que las cuestiones ecológicas o ambientales están en los medios de comunicación prácticamente desde su mismo nacimiento; *Educación ambiental en España 1800-1975*, donde también rastreo la cultura ecológica fundamentalmente, aunque no de modo exclusivo, en el ámbito pedagógico; y, por último, *50 años en defensa de las aves (1954-2004)*, la historia de la Sociedad Española de Ornitología, la SEO, que es la primera organización conservacionista que surge tras la guerra civil a caballo entre el ecologismo decimonónico y el ecologismo moderno e impulsada por dos personajes que constituyen un hito de esta cultura, el ornitólogo Francisco Bernis y el biólogo José Antonio Valverde, redescubridores de Doñana y promotores de su declaración como parque nacional.

Para completar este recorrido, que más allá del rigor académico creo que tiene el mérito de sacar a la luz una serie de materiales a los que prácticamente nadie había prestado atención hasta ahora, debo confesar que he tenido la tentación de escribir un nuevo libro sobre la presencia de esa cultura ecológica en la novela (no sólo en la novela naturalista) del siglo XIX y primera mitad del XX. Hasta la fecha no me he atrevido a emprender ese proyecto y no creo que lo haga, pero de algunas indagaciones y lecturas, sin ir más lejos las introducciones de Francisco Trinidad a dos novelas de Palacio Valdés recientemente reeditadas, intuyo que no habría de llegar a conclusiones muy diferentes de las que he llegado en los libros mencionados.

Acabo de afirmar que la Sociedad Española de Ornitología representa la transición entre el ecologismo decimonónico y el ecologismo moderno, entre otras razones porque la SEO cambia el paradigma paisajístico vigente en nuestro país al poner en valor territorios marginados hasta entonces tanto desde el punto de vista ecológico como meramente estético: zonas húmedas (Doñana, la Albufera o Gallocanta), despreciadas como charcas infectas e insalubres, y estepas irredentas que todo el mundo suponía candidatas a repoblaciones forestales. Luego sabremos que los desiertos de Mo-

negros tienen una biodiversidad sorprendente. Paisajes horizontales frente al imperio vertical de la montaña. Doñana frente o mejor junto a los Picos de Europa. La SEO, digo en mi libro, nos enseña el pluralismo paisajístico, otra forma de ver la naturaleza. Claro que algunos escritores del 98 se habían recreado en las llanuras castellanicas que el asturiano Pedro Pidal ridiculizaba, pero la SEO va mucho más lejos revelándonos patrones ecológicos inéditos en España. Lo mismo hará en relación con la fauna tratando de superar el concepto de alimaña tan arraigado en la Administración y en la sociedad, sobre todo en la sociedad rural.

La presencia del paisaje en la literatura de Palacio Valdés y otros autores de su época, y aun de épocas posteriores, responde plenamente al llamado canon suizo, es decir, la montaña grandiosa al modo de las de Suiza, que constituyen el paisaje por excelencia. A ese canon estético, que traspasó las fronteras de Occidente, responden los dos primeros parques nacionales españoles, el de Covadonga (1918) y el de Ordesa (1920), dos paisajes de alta montaña con zonas boscosas, rocas y aguas más o menos torrenciales. Leía el otro día un libro editado en los años cuarenta del escritor chino Lin Yutang en el que, describiendo el paisaje de Anhwei, señala: «Es realmente idílico, totalmente rodeado de colinas y con un arroyo murmurante en el centro del valle comparable a la misma Suiza». ¿Necesitarán los paisajes de China pagar el canon suizo? Todo parece indicar que sí. Palacio Valdés, como no podía ser de otra forma, también acepta plenamente ese canon, pero no sólo por razones de nacimiento sino porque responde tanto a sus gustos personales como a sus necesidades literarias.

Es muy probable que algunos consideren un tanto forzado el uso de esta expresión —ecologismo decimonónico— para referirse a épocas en que ni la sociedad en general ni siquiera el mundo científico y universitario utilizaban en absoluto estas palabras —ecología, ecologismo—, si bien cabe recordar que Haeckel comenzó a hablar de ecología como ciencia en 1866. No voy a detenerme en disquisiciones terminológicas ni conceptuales. Tan sólo citaré unos cuantos ejemplos para demostrar esa vaga conciencia ecológica, vaga a pesar de todo, que como decía, comienza a detectarse con cierta verosimilitud en el siglo XVIII, cuando ya son evidentes las consecuencias del uso y del abuso de algunos recursos naturales. La sostenibilidad de la que ahora hablamos.

A mediados de ese siglo XVIII, mucho antes de que Greenpeace pusiera en marcha su campaña contra las redes de deriva, ya denunciaban Martín Sarmiento y Sáñez Reguart —cito textualmente— «las redes barrederas

destructoras de toda clase de peces». Más fácil aún es encontrar referencias a la degradación de los bosques y en uno de mis libros documento la primera celebración, en 1850, de la Fiesta del Árbol en Villanueva de la Sierra, una población próxima a Plasencia. En 1872 se constituyó la Sociedad Protectora de los Animales y las Plantas, que aun naciendo en Cádiz, tuvo la osadía de denunciar la crueldad de las corridas de toros y de las peleas de gallos. En 1888 se produce en Riotinto, Huelva, la que ha sido considerada como la primera protesta ecológica por un problema de contaminación atmosférica derivado del tratamiento del cobre. Mineros y vecinos de Riotinto y otros pueblos del entorno salieron a la calle para protestar contra los malos humos, como ellos decían, aunque se trataba de un caso de lluvia ácida que destrozaba su salud y sus cosechas. La represión de la protesta se saldó con varios muertos y muchos heridos y la prensa dedicó amplios espacios a este asunto del que también se debatió en el Parlamento.

Comienza a escasear la pesca, la madera y la leña de los bosques y también la caza. La razón de fondo que lleva a Pedro Pidal a proponer en 1915 la creación de los Parques Nacionales, con la complicidad de Alfonso XIII, no es otra que la práctica desaparición del rebeco en los Picos y de la cabra montés en Gredos. Cuando Palacio Valdés publica *La aldea perdida* ya andan el monarca y el futuro marqués de Villaviciosa en conversaciones para crear los primeros cotos reales que sirvan para proteger a esas especies. Los dos primeros, los de Picos y Gredos precisamente, llevan la fecha de 1905 y ya entonces andaban dándole vueltas a la creación de los Parques Nacionales. Digamos que la declaración del de Yellowstone en 1872, el primero en el mundo, tuvo cumplidas referencias en la prensa española y que el bosque de Muniellos, antes que Covadonga, fue uno de los candidatos para ostentar esa figura proteccionista.

En el primer cuarto del siglo XX también se especula con una futura crisis del petróleo y, en consecuencia, se plantea el desarrollo de lo que ahora llamamos energías renovables o alternativas. En esa época ya se conocen todas: la biomasa, la eólica, la solar... En los años veinte se presenta un prototipo de molino eólico, que nada tiene que ver con los molinos quijotescos, y se propone la construcción de una planta solar en Egipto. Mucho antes, en 1878, una cocina solar acapara la atención multitudinaria de los visitantes a la Exposición Universal de París... Son algunos ejemplos que justifican, creo yo, esa expresión de ecologismo decimonónico en la que también caben las intenciones y las intuiciones de Palacio Valdés y de Alejandro Casona, dos escritores de épocas y estilos diferentes pero con

muchos puntos comunes en su actitud frente a la naturaleza como recurso literario y vital.

Todos estos ejemplos y muchos más que podría citar manifiestan compromisos y acciones concretas para paliar la progresiva degradación de la naturaleza y la escasez de algunos bienes naturales, aunque en modo alguno, como ya he dicho, son generalizables al conjunto de la sociedad y ni siquiera a buena parte de las minorías más ilustradas. Tampoco ahora lo son... ¿Detectamos en la obra de Palacio Valdés compromisos explícitos a favor de esa naturaleza que ya empieza a degradarse como él mismo constatará en *La aldea perdida*?

Me preguntaba antes en relación con Casona, y vale lo mismo para don Armando, si la presencia entusiasta de la naturaleza en sus obras tiene segundas intenciones o es un recurso meramente estilístico y argumental, como igualmente lo es en la pintura, pues los paisajes ya no se pintan en el estudio sino al aire libre, *in situ*. Las recreaciones del paisajista Carlos de Haes en los Picos de Europa constituyen un referente inevitable. Pero estas modas, insisto, tienen su correlato en otros ámbitos sociales. En las últimas décadas del siglo XIX se produce en España un interés inusitado por la naturaleza. La naturaleza como expresión estética, la naturaleza como valor pedagógico, la naturaleza como lugar de ocio y, muy especialmente, la naturaleza como paliativo sanitario. En 1876 nace la Institución Libre de Enseñanza impulsada por Giner de los Ríos y ese mismo año comienza a funcionar la Sociedad Catalana de Excursiones. Con la sierra de Guadarrama como inspiración, Giner promueve el excursionismo pedagógico (el aula en la naturaleza) que tiene también valores estéticos, morales y sanitarios (la naturaleza reconforta los cuerpos y mejora la raza). Hasta entonces podría decirse que Madrid había vivido de espaldas al Guadarrama.

Un grupo de ex alumnos de la Institución creará precisamente, en 1913, la Sociedad Alpina Peñalara, el grupo montañoso más importante de España, que por cierto tuvo varias sucursales en Asturias. De unos años antes es el Club Alpino de Madrid o Los Diez Amigos Limited de Granada y por todo el país comenzaron a surgir clubes y sociedades excursionistas que básicamente tenían como objetivo y principal destino las zonas montañosas: los Picos de Europa, Gredos, Sierra Nevada, el Pirineo, etc. Primero fueron las excursiones, luego la escalada y el esquí. Ya es casualidad que al fundador de los Parques Nacionales, Pedro Pidal, corresponda también el honor, junto al Cainejo, de haber sido los primeros en llegar a la cumbre

del Naranjo de Bulnes en 1904. Sin duda alguna, esta hazaña puede considerarse como el hecho fundacional del alpinismo español.

En definitiva, este acercamiento a la naturaleza en general y a la montaña en particular tiene muy diferentes motivos y el del altruismo no es el más destacado. No nos acercamos a la naturaleza para salvarla sino para salvarnos. No para repararla sino para gozarla y para que sane nuestros cuerpos maltrechos. Las condiciones de vida en las ciudades, sobre todo para las clases trabajadoras, eran deleznable y la naturaleza se presenta como el medio reparador de esa frustración. En la introducción de mi libro *Educación ambiental en España (1800-1975)* escribo: «La educación ambiental nace de la miseria. La educación ambiental tiene sus cimientos en las hambrunas endémicas, en las dietas insanas y monocordes que malalimentaron a tantas generaciones. La educación ambiental nace de un mal ambiente de aires pestilentes y aguas infestadas, de los cuchitriles que nunca debieron llamarse viviendas, del urbanismo inexistente que confunde calles y letrinas. La educación ambiental es hija de un dramático catálogo de pestes que han ido diezmando a la población europea, y muy particularmente a la española, durante siglos y siglos. Por millones. La educación ambiental es hija de la mucha muerte».

Es en este contexto donde cobra pleno sentido la novela de Palacio Valdés *El idilio de un enfermo*, publicada en 1884. Desde luego, no todos los niños ni los adultos tenían el acceso privilegiado a la naturaleza del que disfrutó nuestro escritor en su infancia. De ahí esa tendencia idealizadora y en exceso bucólica y hasta un poco cursi en ocasiones, porque al fin y al cabo está describiéndonos los paraísos de su protegida niñez. «José Mateo era siempre mi esclavo —escribe sin recato en «La novela de un novelista»—. Cuanto yo necesitaba o me placía en el reino vegetal o animal estaba seguro de obtenerlo inmediatamente por la intercesión de aquel hombre cuyo poder no reconocía límites». En las ciudades sólo unos cuantos niños de las clases menesterosas accedían a la naturaleza por medio de las colonias de mar y de montaña (o de altura como también se decía). La Institución Libre de Enseñanza puso en marcha las suyas y otro tanto hicieron numerosos ayuntamientos de toda España. De forma paralela, se generó un espectacular movimiento que proclamaba la integración física de los edificios escolares en la naturaleza. Sacar las aulas de los lugares urbanos más inmundos para trasladarlas al bosque. En Madrid, por ejemplo, hubo una Escuela del Bosque y una Escuela del Mar en Barcelona. Proliferaron también las Escuelas-Jardín, las Granjas-Escuelas... Numerosas iniciati-

vas pedagógicas que nos hemos apropiado en nuestros días porque desconocemos lo que en este sentido hicieron nuestros antecesores.

En esa época ya es evidente la decepción de amplios sectores sociales por algunas de las consecuencias de los procesos industriales y la contraposición entre la vida urbana y rural es un asunto recurrente en los medios de comunicación. La ciudad impone duras condiciones de vida que tampoco están ausentes de la aldea, aunque ésta pudiera librarnos de la tuberculosis o de la anemia en el supuesto de que una y otra se curaran sólo con aire puro. «¡Cuán poco necesita el hombre para ser feliz! —escribe Palacio Valdés en la novela citada—. Yo lo era comiendo un miserable pote en un plato de barro con cuchara de madera y bebiendo después una escudilla de leche». ¿Miserable pote? Lo sería para él, que podía acceder a otras dietas suplementarias, pero no para los niños de Entrialgo que cumplían cada uno de sus caprichos.

¿Qué aportan las novelas de Armando Palacio Valdés, unas más que otras, a este movimiento en pro de la naturaleza que acabo de esbozar y que constituye la esencia de lo que a mí me gusta denominar cultura ecológica? Pues básicamente una serie de descripciones entusiastas, no siempre con igual fortuna literaria, en las que predominan los valores estéticos, los sentimientos nobles y los momentos gozosos que el ser humano puede obtener de su inmersión en el paisaje, vale decir en la montaña. Una naturaleza que, a pesar de todo, en una visión de conjunto, no ha sufrido todavía agresiones irreversibles. Ese acercamiento va generando poco a poco una conciencia difusa que más tarde desembocará en denuncias, propuestas y compromisos para evitar su degradación. Sin ningún género de dudas puede afirmarse que los montañeros de aquella época son los primeros aliados de la causa conservacionista que comienza con cierta eficacia con la creación de los Parques Nacionales.

Aunque sostengo que el periodismo ambiental, que llevo ejerciendo más de tres lustros, no se distingue en la práctica de otras especialidades informativas, son muchos quienes apelan a sus posibilidades pedagógicas. Yo suelo responder que apañados iríamos si la educación, aunque fuera en una mínima parte, dependiera de los medios de comunicación y, en cualquier caso, me pregunto por qué el periodismo ambiental debe asumir responsabilidades que no son exigidas al periodismo político o económico. ¿A qué viene ese plus de pedagogía? Soy consciente de todos modos de los rechazos que genera este tipo de información (la llamada información ambiental) porque casi siempre, inevitablemente diría yo, nos sitúa al borde del preci-

picio. Como efecto compensador proponen algunos una mayor insistencia en las noticias positivas, olvidándose de que el periodismo, la información, es sobre todo conflicto. Las buenas noticias no tienen audiencia, aunque cierto es también, en la especialidad a la que me refiero, que el público siempre ha preferido las publicaciones de naturaleza (bichos y paisajes), espectáculo en definitiva, frente a las ambientalistas donde se trata de residuos, de energía nuclear o del fin del mundo propiciado por el cambio climático y el agujero de la capa de ozono. Rodríguez de la Fuente llegó a ser lo que fue, y fue mucho, gracias al lobo. Ni por asomo hubiera tenido semejantes impactos mediáticos con programas sobre la problemática ambiental que es psicológicamente insostenible.

En el siglo XIX ya existían revistas de naturaleza, algunas de gran calidad como es el caso de «Aire Libre», pero es evidente que la literatura de Palacio Valdés, este tipo de literatura en general, también cumple esa función divulgadora y estimulante, incluso cuando denuncia los daños de la minería sobre el paisaje, si bien no siempre debemos suponer que los disgustadores de la naturaleza se convierten inevitablemente en sus aliados cuando se trate de defenderla ante cualquier agresión.

***La aldea perdida* de Alejandro Pidal**

¿Cabe suponer en Palacio Valdés una actitud beligerante frente a la naturaleza agredida? Cuando en *La aldea perdida* denuncia y lamenta los impactos de la minería por estos territorios del Alto Nalón es evidente que cumple esa función, por encima incluso de las posiciones que sostienen los personajes de ficción. Al fin y al cabo esta novela plantea con toda la crudeza literaria de la que es capaz el autor el conflicto, que aún no hemos sido capaces de resolver, entre el desarrollo (el progreso) y la preservación del paisaje. En buena medida, los argumentos siguen siendo válidos. Don Armando opta en sus novelas, que no en la vida real, por un mundo rural intacto frente a la vida urbana e industrial que al final ha acabado imponiéndose. Tampoco nosotros hemos superado esa contradicción y seguimos añorando como él la aldea y los paraísos perdidos, bajo la terrible sospecha además de que, aun dando por supuestas las mejores intenciones y la búsqueda de equilibrios imposibles, el desarrollo y el supuesto progreso, más o menos sostenibles, sólo nos dejarán al cabo de los años unos cuantos retazos de paisajes catalogados bajo figuras protectoras de sospechosa eficacia. En el debate sobre los daños de esta carretera próxima que acabamos

de estrenar me contaron que algunos paisanos de esta zona respondían a quienes lamentaban la pérdida de prados y de huertas: «Ahora lo que necesitamos son carreteras que nos lleven rápido al hospital de Villa en caso de infarto». A ver qué hubiera dicho don Armando en semejante trance. Si finalmente cupiera concluir de *La aldea perdida* un mensaje ecologista, es evidente que prendió muy poco en sus paisanos de aquí y de Asturias en general, que nunca se distinguió en la apuesta por esta causa.

Dentro de unas semanas saldrá de la imprenta mi último libro titulado *El Zar de Asturias*, una biografía de Alejandro Pidal y Mon (1846-1913), conocido también por el Gran Cacique, pues es muy probable que nadie, en cualquier etapa histórica, ejerciera como él un poder tan omnímodo y despótico en esta región. Alejandro Pidal es el padre de Pedro Pidal, a quien me he referido en varias ocasiones a lo largo de esta intervención. Pues bien, en este libro incluyo un epígrafe que titulo «*La aldea perdida* de Alejandro Pidal» y que voy a leer a continuación casi al completo. Es muy breve:

Como defensor del regionalismo integrador, conecta Alejandro Pidal con algunos aspectos del carlismo (foralismo) y del nacionalismo primigenio en los que se ha querido ver un ecologismo incipiente vinculado a la exaltación de los valores del paisaje y de la tierra (o del terruño). La fisicidad del territorio como elemento patriótico y sentimental. Algo de esto quiere expresar Alejandro Pidal cuando lamenta los efectos del industrialismo sobre su amada Asturias: «La naturaleza sojuzgada», denuncia un titular de su periódico. Enemigo confeso del naturalismo literario y de los escritores que seguían la estela de Zola, ni siquiera transigió con su paisano Palacio Valdés, que al decir de los especialistas practicó un naturalismo matizado y él mismo renegó del pesimismo y de la condición grosera de algunos personajes novelescos. De ahí la sorpresa al encontrarnos con un texto suyo de 1877, que inevitablemente nos lleva a *La aldea perdida* (1903) de Palacio Valdés.

Publicó Pidal en *La España* dos entregas sobre «El campo en Asturias», precedidas de una cita de Jovellanos, en las que con un lirismo subido de tono describe costumbres y paisajes, desvela estrategias para la caza del oso y del rebozo y de la pesca del salmón, terminando con un sentido lamentoso por «los estragos que la civilización va dejando en las bellezas silvestres de las cuencas mineras asturianas», aunque muy pronto descubramos que, tanto o más que la degradación del paisaje, lo que en verdad preocupa a este ultramontano que Azorín sitúa en la extrema derecha del sistema,

es la incidencia de la industria en los valores morales de los mineros. El alma perdida, antes que la aldea.

En todo caso, exhibe Alejandro Pidal una incipiente y meritoria sensibilidad que de manera intuitiva le lleva a identificar la degradación ambiental del entorno con la degradación moral de sus habitantes. El humo ensucia los paisajes y el alma. En sus artículos describe la negra locomotora que atruena con sus silbidos los ecos de los valles anunciando que la civilización «con todo su cortejo de miserias» ha hecho irrupción en las comarcas asturianas. Es la misma locomotora que también recorrerá las páginas de *La aldea perdida*: «El día que escuche silbar por los castañares de Carrio los pitos de esas endiabladas máquinas que llaman locomotoras, será uno de los más tristes de mi vida», dirá uno de los personajes de Palacio Valdés.

Hermosos valles de Mieres y Langreo que han perdido su virginal tranquilidad con los «altos hornos encendidos y la sorda trepidación de las máquinas». Todo por culpa del carbón que arrancan «del seno de vuestros montes por la insaciable codicia de los extranjeros», insiste Pidal como si hubiera leído los primeros párrafos de la novela de su paisano contra los profanadores de la Arcadia que «armados de piqueta cayeron sobre ti y desgarraron tu seno virginal y profanaron tu belleza inmaculada». Entre esos codiciosos extranjeros se encuentra Numa Guilhou, un francés emprendedor que en 1870 había comprado una ruinosa Fábrica de Mieres que, por vía matrimonial, acabará administrando Pedro Pidal y Bernaldo de Quirós, el hijo mayor de don Alejandro. Los Pidales al completo serán accionistas de esta empresa hasta tiempos bien recientes. Recordemos de paso que «la fábrica de hierros y aceros de la Felguera» (Duro y Compañía y luego Duro-Felguera) había sido fundada en 1857 por Pedro Duro, junto a su hermano Julián y otros importantes accionistas, entre los que se encuentran Alejandro Mon, los marqueses de Camposagrado, con palacio en Villoria, y Pedro José Pidal, es decir, tío, suegros y padre del ecologista Alejandro Pidal y Mon. No todos los profanadores eran extranjeros. Cuando en 1900 se transforma Duro y Compañía en la Sociedad Duro-Felguera, figura Alejandro Pidal entre los nueve vocales del consejo de administración.

Pero cada cosa a su tiempo. Por el momento denuncia las espesas nubes que cubren «de negro polvo las verdes hojas de los árboles y los claros manantiales de vuestras fuentes», y la sucia escoria que «interrumpe el curso de vuestros ríos, de cuyas turbias aguas huye ya la moteada trucha y el plateado salmón y la ondulante lamprea». ¿Le habrá copiado el capitán

don Félix cuando cuestione en *La aldea perdida* las ventajas del progreso?: «Hasta ahora hemos vivido a gusto en este valle sin minas, sin humo de chimeneas ni estruendo de maquinaria [...]. ¿Para qué buscar debajo de la tierra lo que encima de ella nos concede la Providencia [...]?».

Con pedestre genio literario continúa en esos artículos: «nos placen más los pintados mármoles de nuestras montañas que los negros pedruscos de carbón de nuestras minas; preferimos el blanco crespón de nuestras blanquecinas nieblas al fúnebre penacho que corona las chimeneas de nuestras fábricas; encontramos más bellas las cavernas cuajadas de estalactitas [...] que los pozos oscuros de nuestras explotaciones industriales». A partir de aquí, como parece lógico, también opta por los fornidos labradores frente a los demacrados e infelices mineros que, para mayor perversión, «gozan de derechos ilegislables y disponen del sufragio universal» que a Pidal nunca le gustó.

El progreso industrial trae consigo la decadencia moral, pero también la democracia. Los mineros «salen como fieras de sus guaridas, de las entrañas de la tierra» para consumir el precio de su salud y de su trabajo «en el innoble seno de algún chigre, donde la blasfemia toma carta de naturaleza»; pero no es menos grave que en esos chigres humeantes se conviertan los sufridos mineros en «estúpidos soñadores de las concupiscencias socialistas». En cierto modo coincide con el don César de Palacio Valdés: «El genio del hombre excitado por la necesidad, e irritado por los obstáculos, se arroja a la conquista de la tierra, y descubriendo sus secretos los utiliza para su alivio. Mas, con frecuencia [...], va más allá de lo que le dicta la santa naturaleza [...]. Entonces, la sabia naturaleza, que vela por los destinos del hombre, dice: «¡Basta!». Y las naciones corrompidas degeneran y se extinguen». Termina *La aldea perdida* con una terrible profecía: «Decís que ahora comienza la civilización [...], ¡yo os digo que ahora comienza la barbarie!». Sin embargo, Pidal acude resignado al amparo celestial: «Dejemos seguir el inevitable curso del progreso, que sin duda para grandes fines empuja con su mano la Providencia».

El ingeniero Fernando García Arrenal denuncia en 1884 que en las romerías los hombres eran más dados al vino y a la sidra que al baile, mientras *La Semana Popular Ilustrada*, promovida por el marqués de Comillas, alerta a los obreros sobre los estragos del alcohol en las sucesivas generaciones. Aunque algunos digan que en el valle de Langreo de cada tres casas dos tienen taberna, una reseña sobre el concejo publicada veinte años después todavía no da la causa por perdida. No son tan malos los

hijos de Langreo, dice el autor, dispuesto a reconocer que el fragor de la maquinaria provoca especiales «idiosincrasias» y que la industria es cómplice de las debilidades humanas: «Sin embargo, a ver si ocurren aquí, en Langreo, en Asturias, esas concupiscencias y esas aberraciones que a diario nos cuentan los periódicos, y describe, por ejemplo, Zola, reflejando el estado moral de la pagana sociedad francesa. Nunca. Ni pensarlo». En la calle se canta a pesar de todo:

En la cárcel de Laviana
 escribí con un carbón:
 «Aquí el bueno se hace malo,
 y el malo se hace peor».

Hasta aquí la lectura textual de este epígrafe casi al completo.

Veintiséis años se adelanta Alejandro Pidal a *La aldea perdida*. ¿Resulta creíble este lamento por parte de un hombre que no sólo saca provecho económico de esa industrialización contaminadora sino que además dio buena cuenta con su escopeta, al igual que su hijo Pedro, de cuanto bicho viviente se moviera por estos montes y por toda Asturias donde anduvieron tras las huellas del oso y de otras «alimañas»?

En más de una ocasión me he preguntado por qué la iglesia católica de nuestros días ha asumido con cierta complacencia el discurso ecológico y al menos una parte de la respuesta nos la da el propio Alejandro Pidal. Al margen de otros aspectos, como esa cualidad sermoneadora de la que muchos acusan al ecologismo, tanto Pidal como la iglesia asumen esta causa en tanto que les sirve de apoyatura para denunciar el materialismo que lleva a la degradación moral. Pidal reclama como modelo social las aldeas perdidas de la España medieval donde se prodigaban valores morales que en su época ya no son tan evidentes. No olvidemos que la enfermedad de Andrés, el protagonista de *El idilio de un enfermo* se asocia a una vida bohemia y por tanto desordenada que la naturaleza también puede reparar.

«De la metafísica contra el naturalismo», titula un discurso suyo pronunciado en 1887 en la Academia de Ciencias Morales y Políticas que fundara su padre. Un discurso en el que arremete contra la ciencia, el materialismo, el socialismo, el realismo, la impiedad moderna y el progreso industrial que sojuzga a la naturaleza. «La química y el microscopio —dice— podrán descubrir nuevas propiedades en los cuerpos, pero no

podrán salvar jamás las invisibles fronteras del espíritu». En consonancia con la iglesia católica Pidal escupe calificativos contra Darwin y contra Zola y concluye que «al materialismo científico corresponde el naturalismo literario, y al realismo artístico el socialismo político, el comunismo económico y el nihilismo social». Ni Palacio Valdés y menos aún el frívolo de Campoamor. Cuando el inventor de la «dolora» publicó el primer tomo de sus obras completas pidió un prólogo a Alejandro Pidal, quien después de demorarlo hasta la humillación escribió, como si fuera de broma, que las obras de Campoamor merecían ser quemadas delante de su propia estatua.

El modelo literario de Pidal es el Padre Coloma o el cántabro Pereda, que personifica «el realismo sano, cristiano, tradicional, castizo y español». Tal cual. «En la orilla de Pereda —dice— está el hombre pugnando por subir hasta el Ángel, en la orilla del lado de Zola está algo... que en realidad es bestia, que se enorgullece de su condición y se recrea con su destino al revolcarse en el cubil». El naturalismo, en definitiva, destruye la poesía de la naturaleza.

Como queda dicho, Alejandro Pidal, fundador de la Unión Católica, es un ultra y no anda muy lejos de esas ideas su hijo Pedro, mientras Palacio Valdés y otros escritores de su escuela se mueven en un moderantismo civilizado en el que también acaba Leopoldo Alas «Clarín», que es quien motejó a Alejandro Pidal como el zar de Asturias. Hago estas precisiones para concluir que buena parte de ese ecologismo decimonónico al que me he referido, y en el que caben diversas tendencias y expresiones, está promovido sobre todo por conservadores en la política que se convierten en conservacionistas respecto a la naturaleza, y lo hacen muchos de ellos con loable consecuencia, cual es el caso de Pedro Pidal. Incluso la SEO de 1954 responde a este modelo, si bien sus promotores y la mayoría de sus miembros no ejercen la política. Se trata tan sólo de cazadores y amantes de la naturaleza. Socio de la SEO fue Félix Rodríguez de la Fuente, otro conservador conservacionista en quien he encontrado curiosísimas coincidencias de estilo y de carácter con Pedro Pidal. Los Pidales, el mismo Alfonso XIII y no en menor medida Rodríguez de la Fuente, antes que conservacionistas fueron temibles depredadores de esa naturaleza que luego defendieron con mayor o menor convicción. Por el contrario, el ecologismo que irrumpe con fuerza en los sesenta del pasado siglo podemos ubicarlo en torno a una izquierda plural más o menos vaporosa. Nadie conoce estos antecedentes

que, al fin al cabo, forman parte de una misma historia y de una misma cultura en la que tiene un hueco con méritos sobrados la obra de Armando Palacio Valdés.

¿Los personajes de *La aldea perdida* que lamentan los impactos de la minería sobre el paisaje expresan cabalmente el pensamiento del autor? Por si cupiera alguna duda, en un prólogo a modo de carta, titulado «Verde y Negro», que Palacio Valdés escribe en 1900 para un libro del abogado madrileño Salvador Canals, dice: «El Asturias que usted tan magistralmente describe en el libro... no es el mío. Es el Asturias Negro que apenas conozco. Yo no conozco ni amo más que el Asturias Verde. Pero ¡ay! éste todos los días pierde algunos palmos de terreno. ¡Si usted lo viera, amigo Canals, como lo he visto yo en mi infancia! ¡Si usted hubiera trepado por sus augustas montañas, si se hubiera bañado en sus ríos cristalinos lloraría, como lloro yo, sobre su tierra deshonrada y profanada, y maldeciría de la industria, como maldigo yo!».

Por si cupiera alguna duda, se pregunta más adelante: «Para qué sirve la industria? ¿Piensa usted que los hombres del día son más felices que los antiguos porque éstos carecían de teléfono, de luz eléctrica y de ferrocarriles?...». Nuestro escritor va incluso va más lejos que Alejandro Pidal en su añoranza medieval: «¿Quién no sentirá deseos de haber vivido en las pobres aldeas de Galilea aquellos días santos en que nuestro Redentor las recorría?... «El industrialismo —concluye don Armando— fomenta el egoísmo, no lo acalla... Al cabo vale más ser pobre que neurasténico...».

No caben dudas, pues, sobre las intenciones de Palacio Valdés en *La aldea perdida* donde no sólo denuncia la destrucción del paisaje sino que opta claramente por un modelo social que tampoco está tan alejado de algunos sectores ecologistas de nuestros días. Digamos a modo de curiosidad que Salvador Canals intervino como abogado en un conflicto de Fábrica de Mieres cuando la dirigía Pedro Pidal y que en sus libros dejó también constancia de las consecuencias del caciquismo inmisericorde que Alejandro Pidal y Mon ejerció en Asturias.

Concluyendo: aparte de otras consideraciones que pudieran hacerse en relación con los aspectos meramente literarios, algunas de las cuales plasma con precisión Francisco Trinidad en los prólogos citados, la presencia del paisaje en la obra de Palacio Valdés y de otros escritores coetáneos responde de manera premeditada o inconsciente a ese amplio movimiento so-

cial y artístico que mediado el siglo XIX reclama la naturaleza no sólo como escenario de ficciones sino como escenario vital compensador de algunos males físicos y morales provocados por el urbanismo y la industrialización. Pero ese movimiento reivindicativo no se produce de manera espontánea sino por la confluencia de varios fenómenos. Los geólogos y naturalistas, que en el siglo XIX casi acaban siendo la misma cosa, se tiran al monte para estudiar la naturaleza, los enfermos para curarse, los burgueses para huir de los humos que alimentan sus cuentas bancarias, los artistas para plasmar los paisajes en sus obras, los pedagogos para ampliar los muros de la escuela, los místicos para estar más cerca de Dios y los hedonistas para regodearse de placer. El paisaje se cubre de miradas y propicia usos y disfrutes que, inevitablemente, acaban provocando deterioros y, sólo a veces, compromisos recompensadores. Finalmente, el Nalón ya no baja negro, pero ha sido domesticado por el hormigón.